

Domingo Amado Rojas

FILOSOFIA DE UNOS OJOS
GRISES

ROSITA RENARD

UN HADA DEL TECLADO

HE aquí a la artista que con un profundo sentido de la música se inclina ante el piano para arrancar de él la sonoridad más pura y más verdadera, dando así un ejemplo a aquellos concertistas del difícil instrumento, quienes complaciendo la morbosidad decadente del romanticismo musical, se alejan de la fiel interpretación de las obras maestras de la literatura pianística, deformando en todos sus aspectos cada una de las escuelas... Ya hemos escuchado por allí a Mozart y a Bach envueltos en los "rubatos" de un Federico Chopin. Bien sabemos todos que los clásicos nunca lloraron sobre el pentagrama, esa pesadumbre morbosa pertenece a una escuela que nace en Inglaterra y pasa por Alemania y termina en Francia con el autor de las Polonesas y los Nocturnos.

Rosita Renard, aún con el mismo Chopin, es discreta. Nunca llega ese climax enfermizo de algunos pianistas, quienes vacían todas sus penas en cada una de las páginas de un Schumann, de un Beethoven o del compositor inglés que inició esta "escuela" que tuvo su gran repercusión en toda la Europa continental.

tarde preguntamos al mismo artista el por qué de aquello y nos respondió "que al público le agradaba más así..."

Muchas personas nos han manifestado que la Renard no estuvo a la altura del arte musical de Federico, basando precisamente sus conceptos sobre lo que ya hemos expuesto: de que el artista debe alargar cada compás, cada rasgo hasta la exageración, o sea que el "rubato" debe estar presente desde el comienzo hasta el final de la composición, mientras el burgués en su butaca de patio se solaza en un mundo de languideces y melancolías, genuinas expresiones de un decadentismo musical... y hasta de una sociedad superada por el tiempo.

Rosita Renard, eminentísima artista del piano, es para nosotros algo por quien sentimos honda admiración, y en quien vemos una virtuosa con un alto sentido de responsabilidad artística.

En Rosita Renard está presente el respeto que se merecen los grandes creadores. Ella es una fiel continuadora y sostén de la tradición

(Interpretación sentimental de una mujer)

LO sublime, el resplandor de un paisaje, la tierna suspiración de la infancia, se conjugan en la vida que se dispersa, que se unifica temperamentalmente con las adquisiciones que va logrando de los rasgos interminables del mundo. Es el período de la modelación, de la estilización del espíritu, el que prevalece en la primaria manifestación de la mujer—figura discutida de todos los tiempos—que veladamente trata de descentralizar su rumbo, respondiendo a ese eterno requisito de la coquetería femenina. Una de esas mujeres—un día la vimos cruzar a nuestra vera—lleva impreso en sus ojos grises el contenido filosófico de la eternidad, de la existencia. En esos ojos está palpitante el remanente de la sabiduría antigua, el testamento de Dios el primer sentimiento humano que se hiciera luz en la iniciación de mundo. Una gran fuerza interna ha contribuido con sus aportes a que esta mujer dueña de un secreto humano, biológico, sea la antena en donde se dilatan todos los sonidos mágicos de la naturaleza, porque en la brisa que abren sus pupilas, una nostalgia o un canto de amor siempre están florecidos en sus ojos. Esta mujer de ojos grise no figura en el almanaque ni en el tipo común que se ve en las calles, lo que evidencia su particularidad y asegura su identificación con la filosofía, con los sentimientos distribuidos

te sentimental de sus ojos grises, de sus pupilas que enseñan el abecedario de la vida. Una vida esquemática, uniformada dentro de los linderos de la armonía que permite el discurrir de hombres y mujeres sin temor a la lucha fratricida, sin aventarse a un mundo negador de los principios de la convivencia humana, espiritual. Unos ojos grises sin dramas ocultos, sin compromisos con la maldad, están girando en esa mujer que pertenece a todos los ámbitos de la filosofía. En ella puede ser que se encuentre el destino de los desamparados, el clamor de los cielos sin estrellas, la triste expresión de las flores huérfanas de la lluvia. Explicar detalladamente la teoría que nos sirve de consulta —la filosofía—equivale al estudio que hemos logrado hacer, o a la interpretación sentimental de una mujer que nos ha inspirado con sus ojos grises; una mujer que nos ha conducido por la senda secreta de los sueños; por la verdad de sus pupilas que se alzan como signos misteriosos del más allá. Si la vida tiene su filosofía, esa filosofía la hallaremos en la imagen de esos ojos grises que se proyectan sobre nuestra humanidad como depositarios de antiguos pensamientos bíblicos; es la razón diluida en la esfera de sus pupilas, lo que indica que detrás de esas simples llamadas simbólicas, se anida, se congrega, la sustancia de lo eterno, de lo que no muere: el amor. El amor cuando proviene de ese reservorio sentimental de esas grises expresiones,

HE aquí a la artista que con un profundo sentido de la música se inclina ante el piano para arrancar de él la sonoridad más pura y más verdadera, dando así un ejemplo a aquellos concertistas del difícil instrumento, quienes complaciendo la morboñidad decadente del romanticismo musical, se alejan de la fiel interpretación de las obras maestras de la literatura pianística, deformando en todos sus aspectos cada una de las escuelas... Ya hemos escuchado por allí a Mozart y a Bach envueltos en los "rubatos" de un Federico Chopín. Bien sabemos todos que los clásicos nunca lloraron sobre el pentagrama, esa pesadumbre morbosa pertenece a una escuela que nace en Inglaterra y pasa por Alemania y termina en Francia con el autor de las Polonesas y los Nocturnos.

Rosita Renard, aún con el mismo Chopin, es discreta. Nunca llega ese climax enfermizo de algunos pianistas, quienes vacían todas sus penas en cada una de las páginas de un Schumann, de un Beethoven o del compositor inglés que inició esta "escuela" que tuvo su gran repercusión en toda la Europa continental.

Oyéndola en el programa de obras de Chopin ejecutado en la sala del Municipal, pudimos darnos cuenta de que Rosita Renard, es un virtuosa sincera y honrada que ofrece a los amantes de la música la fidelidad de cada frase, de cada período armónico-melódico sin las especulaciones falsas a que llegan muchos ejecutantes concertistas.

Hace uno o dos años que un notable pianista europeo en el mismo Municipal, nos ofreció un recital de compositores clásicos, donde el ritmo de una concepción contrapuntística por excelencia, estaba en las nubes. Extrañados de aquello, más

tarde preguntamos al mismo artista el por qué de aquello y nos respondió "que al público le agradaba más así..."

Muchas personas nos han manifestado que la Renard no estuvo a la altura del arte musical de Federico, basando precisamente sus conceptos sobre lo que ya hemos expuesto: de que el artista debe alargar cada compás, cada rasgo hasta la exageración, o sea que el "rubato" debe estar presente desde el comienzo hasta el final de la composición, mientras el burgués en su butaca de patio se solaza en un mundo de languideces y melancolías, genuinas expresiones de un decadentismo musical... y hasta de una sociedad superada por el tiempo.

Rosita Renard, eminentísima artista del piano, es para nosotros algo por quien sentimos honda admiración, y en quien vemos una virtuosa con un alto sentido de responsabilidad artística.

En Rosita Renard está presente el respeto que se merecen los grandes creadores. Ella es una fiel continuadora y sostén de la tradición interpretativa de la música. Por ello podríamos colocarla al lado de una Wanda Landowska, a sabidas de que la una como la otra, son fieles y sumisas a una de las expresiones más elevadas del género humano, como es la música.

En esta ciudad a donde ella ha venido a ofrecernos lo mejor de su arte, está latente la vibración soemnisima que nace de sus manos veloces, que, como alados peces zig-zaguean a través de un extático mar de aire...

Por ello continuaremos llamando a Rosita Renard, el Hada del teclado!

L paisaje, la eterna aspiración de la infancia, se conjugan en la vida que se dispersa, que significa temperamentalmente con las adquisiciones que va logrando de los rasgos interminables del mundo. Es el período de la modelación, de la estilización del espíritu, el que prevalece en la primaria manifestación de la mujer—figura discutida de todos los tiempos—que veladamente trata de descentralizar su rumbo, respondiendo a ese eterno requisito de la coquetería femenina. Una de esas mujeres—un día la vimos cruzar a nuestra vera—lleva impreso en sus ojos grises el contenido filosófico de la eternidad, de la existencia. En esos ojos está palpitante el remanente de la sabiduría antigua, el testamento de Dios el primer sentimiento humano que se hiciera luz en la iniciación de mundo. Una gran fuerza interna ha contribuido con sus aportes a que esta mujer dueña de un secreto humano, biológico, sea la antena en donde se dilatan todos los sonidos mágicos de la naturaleza, porque en la brisa que abren sus pupilas, una nostalgia o un canto de amor siempre están florecidos en sus ojos. Esta mujer de ojos grise no figura en el almanaque ni en el tipo común que se ve en las calles, lo que evidencia su particularidad y asegura su identificación con la filosofía, con los sentimientos distribuidos dentro de su vida. En la profundidad de sus pupilas—la luna y las estrellas transforman la quietud—que da fragmentada, sintetizada, la obra creadora de un Ser Supremo, jubilada por el respeto del tiempo y vigilada por el sueño de un Donatello, de un Leonardo D'Vinci.

Es indiscutible la influencia atribuida a los artistas griegos, la cual aún es posible palpar en las manifestaciones contemporáneas; una influencia que constituye una afirmación categórica de la vigencia estética, como elemento consultivo del temperamento humano. Esa mujer dormida en el remanso de sus aguas bendecidas por el cielo, se puede parangonar con las diosas helénicas; se puede conceptualizar como una reliquia de aquellas épocas nacida para dispensar a la humanidad el torrente

de la armonía que permite el discurrir de hombres y mujeres sin temor a la lucha fratricida, sin aventarse a un mundo negador de los principios de la convivencia humana, espiritual. Unos ojos grises sin dramas ocultos, sin compromisos con la maldad, están girando en esa mujer que pertenece a todos los ámbitos de la filosofía. En ella puede ser que se encuentre el destino de los desamparados, el clamor de los cielos sin estrellas, la triste expresión de las flores huérfanas de la lluvia. Explicar detalladamente la teoría que nos sirve de consulta—la filosofía—equivale al estudio que hemos logrado hacer, o a la interpretación sentimental de una mujer que nos ha inspirado con sus ojos grises; una mujer que nos ha conducida por la senda secreta de los sueños; por la verdad de sus pupilas que se alzan como signos misteriosos del más allá. Si la vida tiene su filosofía, esa filosofía la hallaremos en la imagen de esos ojos grises que se proyectan sobre nuestra humanidad como depositarios de antiguos pensamientos bíblicos; es la razón diluida en la esfera de sus pupilas, lo que indica que detrás de esas simples llamadas simbólicas, se anida, se congrega, la sustancia de lo eterno, de lo que no muere: el amor. El amor cuando proviene de ese reservorio sentimental, de esas grises expresiones, debe constituir un acercamiento verdadero con las cosas celestiales. Un amor concebido en tales circunstancias, refleja un acto humano: la multiplicación de esos sentimientos sostenidos por la mujer de los ojos grises, responderían por la felicidad futura de una raza menos egoísta. Los ingredientes para elaborar un nuevo sentido de la vida, nos los está facilitando un elemento femenino que posee un mundo que irradia luminosas insinuaciones capaces de concretar el anhelo que debe ser vital en el sentimiento humano. Anhelo de figuración, de confraternidad, de amor. Irrefutablemente la mujer de los ojos grises está contribuyendo a la creación de una nueva concepción de la filosofía